

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Se enciende y se apaga una luz

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Ángel Vázquez

Se enciende y se apaga una luz

INTRODUCCIÓN

Rocío Rojas-Marcos

el paseo, 2024

Derechos reservados © Herederos de Ángel Vázquez, 1962-2024
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com
Colección NARRATIVA | serie {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: junio de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-45-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-1659-2024
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Introducción. Ángel Vázquez y su perra vida IX

Se enciende y se apaga una luz

| | |
|------|-----|
| 1958 | 8 |
| 1944 | 11 |
| 1945 | 18 |
| 1958 | 36 |
| 1915 | 42 |
| 1958 | 45 |
| 1928 | 62 |
| 1958 | 66 |
| 1928 | 67 |
| 1958 | 74 |
| 1947 | 77 |
| 1956 | 78 |
| 1957 | 80 |
| 1958 | 88 |
| 1928 | 100 |
| 1958 | 103 |
| 1928 | 105 |
| 1958 | 107 |
| 1928 | 108 |
| 1958 | 110 |
| 1928 | 114 |
| 1958 | 116 |
| 1928 | 118 |

| | |
|------|-----|
| 1958 | 119 |
| 1945 | 120 |
| 1928 | 128 |
| 1946 | 130 |
| 1928 | 133 |
| 1946 | 136 |
| 1928 | 139 |
| 1946 | 143 |
| 1928 | 147 |
| 1958 | 156 |
| 1956 | 163 |
| 1957 | 185 |
| 1958 | 188 |
| 1957 | 191 |
| 1958 | 193 |
| 1957 | 194 |
| 1958 | 196 |

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSION

Introducción. Ángel Vázquez y su perra vida

ANTONIO ÁNGEL VÁZQUEZ MOLINA nació en Tánger el 3 de junio de 1929. Ángel Vázquez, el escritor tangerino, nació el día que quiso dejar de parecer un torero, como solía decir, y eliminó el Antonio de su nombre quedándose solo con Ángel, suficiente para poder transformarse y encarnar a través de su obra esa vida tan singular y extraordinaria que pudieron disfrutar en la ciudad puerta de África durante la primera mitad del siglo xx. Antoñito, como lo llamaban quienes lo habían conocido desde su infancia, fue un niño introvertido, de una timidez casi enfermiza que lo acompañó toda su vida, pero que le permitió aprender a observar desde la distancia aquellas escenas que iban sucediéndose a su alrededor, de ahí que una vez que empezó a escribir solo necesitase recordar, recrear y ponerlo por escrito: «Dentro de mi mente van adquiriendo formas concretas toda clase de objetos (...) la cocina ¡¡está ahí!! LA VEO, LA PALPO, LA HUELO»,¹ le escribió en una carta a su amigo Emilio Sanz de Soto durante la redacción de su última novela, *La vida perra de Juanita Narboni*². Estos recuerdos que van tomando forma en su cabeza nos sirven para entender cómo fue su infancia y cómo logró amarla hasta convertirla en literatura.

Contaba que, siendo niño, su madre, Mariquita Molina, lo metía en una jaula que había mandado construir y lo colgaba del techo de la sombrerería que regentaba. Quedaba entonces suspendido sobre las cabezas de las clientas que entrasen en la tienda. Así, pasaba los

¹ Véase Trueba, Virginia: «Introducción», en *La vida perra de Juanita Narboni*. Cátedra, 2000, p. 32.

² Publicada por primera vez en 1976 por la Editorial Planeta.

días aislado, seguro entre barrotes, pero sobrevolando las conversaciones que tenían lugar debajo suya cuando alguna mujer se pasaba a comprar un sombrero, o simplemente se asomaba a saludar a su madre. De esta manera entendemos cómo transcurridos los años solo necesitó recordar, rebobinar la película de su vida y empezar a dejar que las palabras fluyesen, tal como le cuenta a Sanz de Soto en la carta citada. Esta peculiaridad será uno de los rasgos más significativos de la literatura de Vázquez, la extraordinaria capacidad que tuvo de recrear los mundos femeninos en todos sus aspectos. Para él no era un ejercicio de invención, no había impostura en los diálogos, no necesitaba imaginar cómo diría una mujer tal cosa para que pareciera verosímil, solo tenía que hacer memoria de alguna escena de su vida y ahí estaban todas las palabras que necesitaba, todas las inflexiones de la voz cargadas de dramatismo, toda la ironía con la que era capaz de burlarse de cualquier situación y sobre todo de sí mismo, como cuentan los que lo conocieron.

Retomando la historia familiar, había sido su abuela materna quien se instaló en Tánger desde Jubrique, su pueblo natal de la serranía malagueña. Cruzó el Estrecho a principios del siglo xx acompañada de su hija pequeña, Mariquita, una niña que por entonces tenía casi un año, para trabajar al servicio de *madame* Brusson. Esta acaudalada señora vivía en una mansión en el Zoco de los Bueyes donde se instalaron madre e hija. Mariquita, era una niña despierta y simpática que muy pronto se ganó el cariño de la mejor amiga de *madame* Brusson, *madame* Boissennet, la sombrerera del *tout-Tanger*, que dirían. Monique Boissennet estaba sola y el cariño de esa niña se convirtió en una razón para su vida. La prohijó y le dio una educación y unas oportunidades para las que no estaba destinada. Entre otras, dejarle en herencia la tienda de sombreros que regentaba en la medina de Tánger, esa en la que años después Antoñito sobrevolaría las cabezas de quienes entrasen buscando un sombrero.

La historia familiar de Vázquez va a estar marcada por esa suerte de casualidades que fueron ayudándolos a salir para delante, en algo así como una andadura en paralelo con los devenires de la propia historia de la ciudad de Tánger avanzando hacia su estatuto inter-

nacional, el cual quedaría definitivamente aprobado en el año 1923.³ Fueron discurriendo entonces a la par, como apuntamos, historia y vida en lo que parecería la representación de una opereta estrenada en el Gran Teatro Cervantes de la ciudad, algo que Ángel Vázquez, ya con su nombre de escritor, supo reconocer con toda su fuerza y riqueza literaria: solo tenía que escribir aquellas historias que tan bien conocía. Solo necesitaba disfrazar muchas veces el muñeco con distintos vestidos, ponerle distintos nombres y tendría sus relatos, su vida y Tánger.

A pesar de esta percepción de suerte o casualidades que le esperaban, la realidad es que Ángel Vázquez tuvo una vida triste. Comenzando con la historia de la noche en la que su madre se puso de parto y el relato contado por él parece sacado de un chiste de Gila,⁴ en el que el niño nace y esa noche a la madre no le viene bien porque tenía una fiesta, entendemos por su modo de contarlo que no es más que un recurso de supervivencia, que Vázquez tuvo una infancia gris a pesar de estar rodeado de la luz y el color del Tánger de las décadas centrales del siglo xx. Una adolescencia opaca de la que prácticamente nada nos ha llegado, y una vida adulta marcada por el alcoholismo galopante que se fue adueñando tanto de él como de su madre y su abuela, ambas a su cargo en sus últimos años. Leyendo casi en orden cronológico sus cuentos y novelas podemos rastrear pinceladas de esa vida emborronada en párrafos a través de los que recrea sus deseos más íntimos, aquellos que hubiese querido vivir, aquellos que tantas veces anheló esconder detrás del disfraz de pierrot que le gustaba dibujar,⁵ como escenas sacadas de las películas clásicas por las que sentía devoción, esas protagonizadas por Bette Davis, Imperio Argentina o Vivien Leigh. Aunque tal vez él prefiriese la vida de Scarlett O'Hara con todo su dramatismo y su pasión.

³ Rojas-Marcos, Rocío: *Tánger. Ciudad Internacional*. Almed, 2009.

⁴ Vázquez, Ángel: «Comentario al dibujo colorado de la casa de Madame Bruzon», en *Nejma. Ángel Vázquez: una recuperación de la memoria*. Sures, nº 11-2019, pp. 23-26.

⁵ Puede verse uno de estos dibujos en Vázquez, Ángel: *La vida perra de Juanita Narboni*. Cátedra, 2000, p. 41.

ria con la que nos introduce en su mundo más personal y privado. Conocemos la fascinación de Vázquez por el cine y la copla. Adoraba a Imperio Argentina, su música y sus películas formaban parte de su educación sentimental. Los cines habían sido otro de esos lugares en los que habitualmente se refugiaba en busca de soledad. Pero es que además, Imperio Argentina, quien tantas veces había sido confidente de sus secretos desde la pantalla, estuvo muy presente en los meses finales de la redacción de esta novela, pues hemos sabido por la carta de Sanz de Soto a Laforet del 14 de octubre de 1962,²⁹ que la artista había pasado los dos meses de verano en Tánger invitada por él, de ahí que Magdalena Nile del Río sea la destinataria de esa dedicatoria, pues fue ella, la mujer que no la artista, quien estuvo cerca del escritor mientras terminaba su novela.

Finalmente, los versos de la cita inicial pertenecen al poema «Cuando yo era más joven» de Jaime Gil de Biedma. «De mi pequeño reino afortunado,/ me quedó esta costumbre de calor/ y una ligera propensión al mito», rezan los versos con los que Vázquez nos advierte que vamos a adentrarnos en el reino afortunado de su memoria a la que ha dado forma en esas páginas para sacar rendimiento de esa ligera propensión al mito de la que es plenamente consciente, pues en esta novela se conjuga la recomposición de un pasado idílico con el conflicto de la adolescencia y la dureza del paso del tiempo sobre una ciudad, toda ella mito, como ocurre con Tánger.

ROCÍO ROJAS-MARCOS

²⁹ *Correspondencia inédita 1958-1987*, pp. 137-140.

**Se enciende
y se apaga
una luz**

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Para Magdalena Nile del Río,
a quien el mundo entero conoce
como Imperio Argentina.*

El Autor

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*De mi pequeño reino afortunado,
me quedó esta costumbre de calor
y una ligera propensión al mito.*

Jaime Gil de Biedma

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ISABEL NO LLEGA a guardar cama. En pocas semanas se queda como un hilo. Parece más alta. Cuando se ve reflejada en el cristal de un espejo, se acuerda de su viaje de novios, con Julio, por Italia y Francia. Desde entonces no ha vuelto a salir de la ciudad. Durante las comidas suele proyectar intrincados viajes por Europa, viajes que nunca se realizan. Y ahora, cuando ya nadie se lo espera, tiene que ir a Madrid para que la vea un especialista. Nada grave. Ella y Julio estarán de vuelta antes de un mes.

El verano se presenta tardío. Ha estado lloviendo hasta hace poco y de pronto empiezan a cantar las cigarras en lo alto de los pinos y aparecen en el jardín las primeras manchas amarillas. Los geranios rabian de color. Isabel, que aquella mañana lleva el vestido verde con el que Cristina, en un momento de cólera, la había motejado de «mantis religiosa», se detiene un instante frente a un árbol. Luego se vuelve hacia su hija, que le va pisando los talones, y roza con sus labios la mejilla izquierda de la muchacha:

—¡Pórtate bien, querida!

Julio, ya dentro del auto, se impacienta. Zohra, la criada, se obstina en llevar un pesado maletín de piel de cerdo. Harta de esperar, lo deja caer sobre la hierba. Allí queda tumbado, como un viejo soldado de guerra franco-prusiana muerto estúpidamente en leve escaramuza. Isabel echa a andar de pronto por entre los primeros matojos. Cristina acaba de descubrir una lagartija contoneándose por el borde de la balaustrada. Zohra va detrás, otra vez con el famoso maletín. Julio, poco antes de que el chófer arranque, dice adiós con la mano. A Cristina se le llena entonces el alma de un vago sentimiento, mezcla de ansiada y prometedor libertad con algo de tristeza. En las ramas del

árbol ha quedado flotando el conocido perfume de su madre. Ese perfume que se hace el remolón en las habitaciones que Isabel frecuenta.

1958

El entierro de Alicia es a las tres. Cristina lo ha leído en el periódico. Su madre, sentada a la mesa, mientras se desayuna, lo hojea con impaciencia de viajera.

—¿Has visto, Julio?

Julio mira a su hija. Cristina desvía su mirada posándola con desacostumbrado interés en una vieja litografía que cuelga de la pared del comedor: «Tánger durante la ocupación portuguesa». Isabel, sin maña, quiere cambiar de tema:

—Vamos a tener un verano absurdo. Espero que en Madrid no haga demasiado calor.

El periódico ha pasado a manos de Julio. A Cristina todo eso le parece un juego de niños jugado sin gracia por personas mayores.

—¡El teléfono! —exclama Isabel.

—Es para mí—dice Julio.

Cuando Cristina llega al vestíbulo, ve que en un rincón se amontonan ya algunas maletas. Las puertas de la sala han sido entornadas, como si hubiera muerto alguien. Y los muebles, enfundados. La casa ofrece un aspecto extraño. Y ella, con el periódico en la mano, busca la noticia. Alicia ha muerto.

§

Acaba de llegar Consuelo. Julio la abraza. Isabel la acoge con inusitado cariño. Cristina encuentra en los labios maternos el pliegue de una sonrisa irónica. Consuelo tiene cerca de ochenta años. Es alta y seca. El cabello teñido con *henna*. Lleva un traje de chaqueta, falda plisada, todo de hilo color de albaricoque. Le está un poco ancho. Se conoce que ella misma se lo ha «arreglado». Tiene un cuello largo, lleno de arrugas, rodeado por un collar de

cuentas de cristal color verde botella. La reciben en la terraza, dispuestos a partir.

—Creíamos que ya no vendrías —asegura Isabel.

—Perdí un autobús y luego, con esa maldita cuesta...

Julio llama a Cristina, que se ha quedado en el umbral.

—Mira, Consuelo, esta es nuestra hija.

Consuelo hace como que sonríe. Tiene una dentadura perfecta. Una dentadura postiza que convierte su mueca en algo inexpressivo, algo de máscara griega.

—La tuve en mis brazos cuando abultaba menos que una nuez. ¡Quién había de decir que aquel comino...!

—Dale un beso a Consuelo —ordena Isabel.

Cristina la besa. Huele a Tokalón y a colonia Pompeya. Tiesa, con una sombrilla japonesa de papel de las que regalaban en la Feria de Muestras del año 35 cuando la ciudad era internacional, parece un hechicero recién llegado de una tribu lejana.

§

Cristina rehúye el recuerdo de una Alicia reciente. Se aferra con entusiasmo a las primeras horas de Consuelo en la casa. La entiende en seguida.

—¿Qué quieres que te prepare para almorzar?—pregunta la vieja.

—Lo que tú quieras.

—¿No eres muy mística para las comidas?

—No.

—Bueno, vamos a ver lo que dice Zohra.

—Consuelo...

—¿Qué?

—¿Ha cambiado mucho esta casa?

Consuelo la mira con fijeza. Luego juega con su mirada a la rueda-rueda, paseándola por el vestíbulo, gozando de la luz que entra a raudales por las puerta-ventanas que ella misma acababa de abrir.

—No.

Cristina guarda silencio.

De pronto, la mujer se encara con ella:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Y tienes novio?

Cristina se echa a reír. Nunca, dentro de aquella casa, le habían hecho semejante pregunta.

—No.

—¿A qué esperas?

—¿No conoces a mi madre?

—Mejor que tú.

—¿No sabes cómo es mi padre?

—Lo he visto de pantalón corto.

—Entonces...

—¿No andas enamorada de alguien?

—No lo sé.

—Pues es una lástima.

—¿Por qué?

—Porque te pareces muchísimo a tu abuela.

—¿Cómo era mi abuela?

Consuelo vuelve a cerrar las persianas matando la luz.

§

Cristina sube al tejado. Igual que cuando era niña. Hacía mucho tiempo que no visitaba aquel lugar de la casa. Tiene que pasar por el desván, rozar la puerta del nunca visto cuarto de tía Laura, y alcanzar el ojo de buey. En caso de peligro puede agarrarse a la rama de un eucalipto que besa la fachada norte del edificio. Allí, con un trozo de pan untado de mantequilla y mermelada de naranja, vuelve, como en los tiempos de su infancia, a disfrutar de una inefable y maravillosa libertad. La ciudad aparece desparramada entre colinas. Los pinos ya no ocultan el mar, que se ofrece a sus ojos ancho y hermoso, salpicado de minúsculos vaporcillos. Árboles, coníferas en su mayoría, se acumulan en el horizonte formando una especie de estuario. Allá al fondo

alguien está quemando hojas secas. Cristina entorna los ojos, ebria de luz.

1944

Infancia para Cristina quiere decir «Nanny Cara de Caballo». Nanny, con sus vestidos encargados a unos grandes almacenes de Londres. Fue ella quien le enseñó las primeras poesías en inglés y le llenó el mundo de ratones escondidos en un reloj, de viejas que vivían en una bota, de Alicia en el país de sus maravillas, de espectros pelirrojos que asomaban el rostro a través de los cristales en las tardes de lluvia. Ella fue quien le preparó un rincón del gigantesco armario ropero que había en el piso alto.

En aquel armario, que estaba en el pasillo, tendida sobre un viejo cojín de felpa, a la luz de una linterna comprada en un *bakal*, jugando a la noche en pleno día, Cristina devora libros que forman su pequeño mundo. En aquel armario Cristina llora desencantos de infancia, mientras su madre, abajo, en la terraza, toma el té con las amigas. Allí estudia sus primeras lecciones y proyecta fantásticas escapadas que nunca pasan de una enloquecedora carrera algo más allá de los pinos.

A Nanny la despidieron una tarde de finales de marzo. Isabel, que la venía vigilando desde hacía algún tiempo, termina por sorprenderla en el garaje con Bebsán, el chófer moro. Ni que decir tiene que la dueña de la casa pone el grito en el cielo. Y que aquella noche la discusión con Julio habría de ser el principio de una interrumpida discordia entre ambos esposos.

—¿Lo estás viendo, Julio? Como una perra. Y ni siquiera con uno de los nuestros, la muy desvergonzada. Sino con un hereje. Uno que no es de su religión ni de su raza. Ya te dije yo que no quería inglesas en esta casa.

—Pues bien que te ufanas cuando te invitan a uno de sus aburridos *parties*.

—¡Claro, porque es distinto! Cornelia Perkins es una señora.

—Habría que tener ganas para acostarse con ella.

—¡Julio!

Isabel entorna los ojos y el cuello se le pone como el de los pavos:

—Ya lo sabes: Nanny queda despedida. Y tú verás lo que piensas hacer con el individuo.

—¿Con Bebsán? Nada. No pretenderás que lo despida. Es un buen chófer, honrado. ¿Qué culpa tiene él de que se le pongan por delante ciertas cosas? Un hombre...

—¡Basta, Julio! —corta Isabel de un manotazo. Dejaron de hablar unos minutos. El marido rompe el silencio para preguntar:

—¿Y la niña? ¿Qué hacemos con Cristina?

Cristina ha huido al armario. En el cuarto de Nanny la luz está encendida. Por la ventana que hay al fondo del pasillo aparece un cielo cuajado de estrellas. Lejos, allá en la ciudad, se oyen flautas y chirimías, porque es el mes del Ramadán.

§

Cristina parece un perrito sin amo. Se pasa gran parte del día en la cocina, con Basilia y Auicha. Bebsán se ha marchado sin despedirse. Ha encontrado un puesto de chófer en la legación inglesa. Julio está furioso. Detesta conducir, y además le han echado una multa por ir despacio. Aquella tarde vuelve a casa antes de las cinco. Al entrar en la sala oye que su mujer dice:

—Esto no puede seguir así.

Isabel se halla sentada en una butaca, con una labor de punto abandonada sobre la falda. Es entonces una mujer gruesa, de mediana estatura, que acostumbra usar zapatos de tacón alto. Tiene el cabello casi rubio, unos ojos claros, de pupilas de un azul líquido, una boca pequeña, una nariz un tanto larga, sin llegar a aquilina, y una papada discreta que presta a su perfil una gravedad monárquica. Abusa de las chaquetas de punto y de las blusas de toda clase. Siente una trágica adoración por las faldas de tejido auténticamente inglés, pero en cuanto llega el buen tiempo se convierte en un pájaro exótico de plumaje alto en colorido, Julio viene cansado. No trae ganas de hablar.

—¿Qué te pasa? —pregunta Isabel.

—Nada. Jaleos. Esos malditos alemanes están perdiendo la guerra.

—¿Y cuándo termina? —inquire la mujer con premeditado e irónico descuido.

—No creas que ha de tardar mucho. Y hemos cometido la grandísima estupidez de asociarnos con Schüder. Todo por culpa de tu hermanito.

—Cuando las cosas te iban bien, no decías eso —comentó ásperamente Isabel.

—Era diferente. ¿Quién adivinaba lo que iba a ocurrir? Pero ahora... Seguro que nos tienen puestos en la lista negra. Menos mal que ha sido Cogan quien ha dado la cara, porque mira tú que un inglés en la lista negra...

—Tu madre era española, Julio. Y tu padre, al fin y al cabo, había nacido en Gibraltar.

—El pobre Cogan tiene el hígado hecho polvo.

—Un judío...

—Justamente. Un judío haciendo negocio con los del Eje.

—Bueno, con tal de hacer negocio... Él habrá puesto el nombre. Pero el dinero lo has puesto tú.

—Sí. Eso es lo malo.

Julio se pasea por la habitación, con los brazos detrás de la espalda. Es corpulento y alto. Tiene unas manos gordezuelas, con dedos velludos que parecen enanos de mal humor. Unas cejas espesas. Un rostro ancho, de nariz aplastada. Labios gruesos y ojos indefinidos que se esconden tras el cristal de unas gafas. Es un dolicocéfalo de cabellera casi abundante.

Cristina entra seguida de Radia, la hija de Auicha. Radia es una chiquilla espigada y morena, de cabello muy negro, cogido por una larga trenza. Lleva una especie de túnica de organdí atada a la cintura por una faja de seda azul cobalto. Las dos niñas saltan al diván.

—¡Llévatela! —grita Isabel, exasperada—. Me va a llenar el diván de piojos. Ya te he dicho que no quiero que juegues con ella.

Cristina mira, sin comprender, a su madre. Tiene cuatro años largos. Radia la mira también. Un año más que Cristina y mucha

fiereza en el mirar. Ella comprende. Se marcha callada, con la cabeza baja.

A Cristina se le saltan las lágrimas. Quiere seguir a su amiga, pero la madre la retiene:

—¡Quédate aquí!

Julio abandona la habitación mascullando cosas.

§

—Esta niña no sabe rezar —lanza Isabel sin venir a cuento, mientras Julio se pone en el vestíbulo el sombrero y los guantes. Son las nueve de la mañana y ha amanecido nublado. Cristina vaga en torno a sus padres con cara de aburrimiento.

—Sí sé —afirma la niña—. Rezo en inglés. Le rezo al Niño Jesús, que vive en una nube. Y mi cama, de noche, es un barco.

—¿La estás oyendo, Julio? Las estupideces que le ha enseñado la inglesa.

—Mujer, a los cuatro años no se le puede hablar de Dios con la severidad que tú pretendes.

—A los niños hay que inculcarles el temor de Dios.

—El temor...

—Mira, Julio, más te valiera ir a la iglesia. A lo mejor ganaban la guerra los alemanes.

§

Trajeron una muchacha española para acompañar a Cristina. Se llamaba Araceli y había nacido en un pueblo de la provincia de Málaga. Tenía un acento peculiar, parecido al mejicano, que hacía gracia a Julio y molestaba a Isabel. Pero se la habían recomendado las Adoratrices, y eso bastaba. No era guapa Araceli. Con un color de piel aceitunado, un cabello negro y grasiento, muy lacio, que se recogía en un moño. Unos ojos penetrantes, febriles, enmarcados en un rostro ovalado y pequeño. Eran unos ojos de mirada inquieta. Desproporcionada, ancha de caderas y de pecho hundido, sus movimientos y gestos carecían de gracia. Bordaba

«como los propios ángeles» y cantaba, bronca de voz, extrañas retahílas folklóricas, leyendas de la sierra que hablaban de lobos, de pastores y de anocheceros andaluces. Era descuidada en el vestir. Se peinaba de mala gana, hasta el punto que Isabel tuvo que llamarle la atención, porque cuando se decidía a hacerlo solía dejar en el peine un racimo de pelo. Más tarde, lo que era peor, por aparentar una limpieza que no sentía, los envolvía en un papel cualquiera, que luego dejaba caer en cualquier parte. Como un día, que lo olvidó encima de la cama de su dueña y señora, quien, sin embargo, consideraba todo aquello mucho menos terrible que la solución que Nanny había dado a su insoportable problema fisiológico.

§

Por las tardes, Araceli llevaba a Cristina al convento de las Adoratrices. Iban en el auto conducido por el chófer nuevo, Hamú, hasta entonces ordenanza de Cardovan & Cía. Era Hamú un hombre mayor, de malas pulgas. Julio estaba contento con él porque resultaba un despide-gente. Le quitaba de encima muchos quebraderos de cabeza y muchas latas. En particular a los pobres, a los que venían a pedir favores, porque tenía un excelente olfato para conocer a los hombres. Sabía cuáles eran los que podían resultar interesantes para su amo y cuáles no. Era el clásico musulmán adaptado a la dulce esclavitud del colonialismo.

En el convento enseñaron a rezar a Cristina. A rezar en serio. A rezar como los loritos. A fuerza de pañuelos bordados y tazas de chocolate con pastas que hacían las propias monjas. Luego Araceli la llevaba al jardín de enfrente, un jardín público en el que los niños tomaban el sol comiendo arena. La ciudad tenía pocos jardines, y en cuanto llegaba el verano resultaba imposible estar en ellos porque con la maldita costumbre colonial francesa de no saber lo que es un árbol, el sol hacía de las suyas y algunos niños morían de insolación por no encontrar un banco con una palmera. Por otro lado, Isabel detestaba la playa (hombres y mujeres desnudos juntos, cielo azul y mar).